

Vuelva pronto

Mario López Ledezma
Estudiante de licenciatura en Filosofía
Universidad Autónoma de Chihuahua
zero.mario.lopez@gmail.com

Era una noche oscura en la carretera desértica. El cálido olor a tabaco impregnaba el interior del carro, y el humo era disipado por el contrastante viento helado que entraba por la ventana. No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba conduciendo, pero, a juzgar por los cigarros que quedaban en la cajetilla, tuvieron que haber sido unas cuantas horas sin descanso y sin paradas. A la distancia vi una luz centellear mientras empezaba a sentir los ojos pesados y la cabeza ligera. A medida que me acercaba a la luz mis parpadeos se hacían cada vez más lentos, deteniéndose en ocasiones y dejándome con los ojos cerrados a pesar de mi voluntad. Tenía que hacer una parada.

Una vez que estuve cerca de la luz pude vislumbrar que había un edificio amplio con un gran estacionamiento. No parecía una gasolinera y no había ninguna señal en la carretera que indicara qué era. No me importaba mucho, solo necesitaba un lugar para ir al baño, comprar comida, cigarros y una bebida energética o, por lo menos, un café. Detuve el auto cerca de la entrada, no había otros carros de todos modos, y me bajé a contemplar el edificio mientras terminaba mi cigarro. Parecía un supermercado, pero no uno de los pequeños y aislados que se encuentran usualmente en carretera, sino uno de los que se ven en las ciudades, como para surtir todas las compras de la semana, o el mes. Por fuera no había indicio alguno de vida, solo se veían basureros verdes, llenos de bolsas de plástico, cartón y un olor repugnante. La fachada era sencilla, de color blanco y carente de puertas o ventanas más allá de la entrada principal, donde había las típicas puertas automáticas de cristal.

Me pareció ver una silueta invitándome a entrar, así que tiré el último cigarro al suelo, me ajusté la chaqueta y entré con las manos en los bolsillos. Las puertas se deslizaron con pereza, a la vez que se escuchaba un lejano “ding-dong” haciendo eco por los pasillos. El supermercado parecía desolado, como si todos los que estuvieran comprando hubieran decidido tomar un descanso de cinco minutos. Las cajas estaban vacías, como suele ocurrir en cualquier día de la semana, pero todas las máquinas y, por supuesto, el aire acondicionado se encontraba funcionando como se esperaba. Tomé una canasta y empecé a buscar la sección de galletas, después iría a buscar en los refrigeradores una bebida energética, en la caja compraría los cigarros y entraría al baño con ticket en mano; ya muchas veces me han dicho que los baños son solo para clientes.

La búsqueda fue más difícil de lo que tenía pensado, no había carteles y todos los pasillos se veían igual. Pasé entre ellos uno por uno, solo para ver anaqueles enteros de latas sin etiquetas. Frustrado, me dirigí a los refrigeradores esperando tener suerte. La mayoría estaban vacíos, y los que no, solo tenían bandejas de plástico envueltas con papel blanco que no permitía ver el contenido. Confundido, miré en todas direcciones con cara de incredulidad, pero no había nadie: ni en los pasillos, ni en la carnicería, ni en las cajas. Molesto, hambriento y sin buen juicio por la falta de sueño, caminé hacia los anaqueles, tomé una de las latas sin etiqueta y saqué mi navaja del bolsillo para abrirla. Parecía algún tipo de atún condimentado con salsa roja, así que empecé a comer; con hambre todo sabe bien. Entre los trozos que introducía a mi boca sin mucha atención, mordí algo suave por fuera, pero duro por dentro. Lo escupí hacia mi mano para ver lo que era: cubierto de salsa y con las marcas de mis dientes a su alrededor se encontraba un dedo humano. De un movimiento solté el dedo y la lata mientras me tambaleaba hacia el anaquel detrás de mí, tirando más latas en el proceso.

Puse las manos en mi boca intentando en vano detener las náuseas y el vómito que me sobrevenía. Una vez que recuperé el aliento busqué entre el vómito, la salsa y las latas abolladas. No cabía duda, en la lata había un dedo humano cortado a la mitad de la segunda falange. Con sudor frío corriendo por mi espalda tomé la navaja del suelo y abrí frenéticamente más latas. Dedos, dientes, ojos. Corrí hacia los refrigeradores y rompí los empaques por la mitad con un navajazo: piernas, manos.

Di media vuelta y me dirigí a toda velocidad hacia la entrada, todavía con la navaja en la mano. Las puertas se abrieron, resonó el tenue “ding-dong” y, como susurrándome al oído, escuché una voz decir:

— Vuelva pronto.

No me detuve, corrí hasta el carro y aceleré todo lo que pude, miré por el retrovisor y vi una silueta a través de las puertas, la misma que me había invitado a entrar, ahora me despedía.